

# El gran Meaulnes

Alain-Fournier



TUS LIBROS  
SELECCIÓN

# Primera parte

## Capítulo 1

### *El pensionista*

Llegó a nuestra casa un domingo de noviembre de 189... Aún sigo diciendo «nuestra casa», aunque ya no es nuestra. Abandonamos la comarca hace cerca de quince años y seguramente no volveremos nunca más.

Vivíamos en el edificio de la *Escuela Superior* de Sainte-Agathe. Mi padre, a quien yo llamaba señor Seurel, igual que los demás alumnos, dirigía a la vez el Curso Superior, en el que se preparaba el título de maestro, y el Curso Medio. Mi madre daba clase a los pequeños.

Una amplia casa roja, con cinco puertas vidrieras, bajo emparrados silvestres, al final de la aldea; un patio inmenso con cobertizos y lavadero, que daba al pueblo por un gran portón; en el lado norte, el camino, al que daba una pequeña verja, y que conducía a la estación, a tres kilómetros; al sur y en la parte trasera, campos, jardines y prados que llegaban hasta los arrabales... Este es el plano somero de aquella vivienda en la que transcurrieron los días más atormentados y queridos de mi vida —vivienda de la que salieron y a la que volvieron para estrellarse, como olas contra un peñasco desierto, nuestras aventuras.

El azar de los «traslados», una decisión del inspector o del prefecto nos había llevado allí. Hacia el final de las vacaciones, hace ya mucho tiempo, un coche de campesino, que precedía a nuestros enseres, nos había dejado a mi madre y a mí delante de la pequeña verja oxidada. Unos chiquillos que robaban melocotones en el jardín se escaparon silenciosamente por los huecos de la cerca...

*Pensionista:* Persona que está en un colegio o casa particular y paga cierta pensión por sus alimentos y enseñanza.

*Emparrado silvestre:* Planta virgen. Planta sarmentosa, que se emplea para cubrir paredes. Venenosa.

*Arrabal:* Barrio fuera del recinto de una población o en su periferia.

*Prefecto:* Funcionario al frente de la administración civil de un departamento como representante del gobierno central.

*Coche:* Carruaje tirado por caballerías.



Mi madre, a quien llamábamos Millie, y que era el ama de casa más metódica que he conocido, había entrado enseguida en los cuartos, llenos de paja polvorienta, e inmediatamente había comprobado con desesperación, como en cada «desplazamiento», que nuestros muebles no cabrían nunca en una casa tan mal construida... Había salido para confiarme su angustia. Mientras me hablaba, había limpiado suavemente con su pañuelo mi cara infantil ennegrecida por el viaje. Después volvió a entrar a hacer recuento de todos los vanos que iba a ser necesario condenar para hacer habitable el alojamiento. En cuanto a mí, cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja con cintas, me quedé allí, sobre la grava de aquel patio extraño, a esperar, a fisgonear mezquinamente alrededor del pozo y bajo el cobertizo.

Así es, al menos, como yo imagino hoy nuestra llegada. Porque en cuanto quiero rememorar el lejano recuerdo de aquella primera tarde de espera en nuestro patio de Sainte-Agathe, ya son otras las esperas que recuerdo; me veo con las dos manos apoyadas en los barrotes del portón, espiando con ansiedad a alguien que va a bajar por la calle principal. Y si intento imaginar la primera noche que debí de pasar en mi buhardilla, en medio de los desvanes del primer piso, ya son otras las noches que recuerdo; no estoy solo en esa habitación; una gran sombra inquieta y amiga se proyecta y ronda a lo largo de las paredes. Todo ese paisaje apacible —la escuela, el campo del tío Martín con sus tres nogales, el jardín invadido todos los días desde las cuatro por mujeres que iban de visita— está para siempre agitado, transformado en mi memoria por la presencia de aquel que conmovió toda nuestra adolescencia y cuya misma huida no nos ha dejado en paz.

Sin embargo, llevábamos diez años en aquella comarca cuando llegó Meaulnes.



Yo tenía quince años. Era un frío domingo de noviembre, el primer día de otoño que hizo pensar en el invierno. Millie había esperado todo el día un coche de la estación que debía traerle un sombrero para el mal tiempo. Por la mañana había faltado a misa; y yo, sentado en el coro con los otros niños, estuve hasta el sermón mirando ansiosamente hacia el lado de las campanas para verla pasar con su sombrero nuevo.

Por la tarde tuve que ir solo a vísperas.

—Además —me dijo para consolarme, mientras cepillaba con su mano mi traje infantil—, aunque hubiera llegado el sombrero, sin duda habría tenido que pasarme el domingo rehaciéndolo.

A menudo nuestros domingos de invierno se pasaban así: Desde por la mañana, mi padre se iba lejos, a la orilla de alguna laguna cubierta de niebla, a pescar lucios en una barca; y mi madre, recogida hasta la noche en su habitación oscura, remendaba humildes vestidos. Se encerraba así por temor a que alguna de sus amigas, tan pobre pero tan orgullosa como ella, pudiese sorprenderla. Y yo, acabadas las vísperas, esperaba, leyendo en el frío comedor, a que ella abriera la puerta para enseñarme cómo le sentaban sus arreglos.

Aquel domingo, un poco de animación delante de la iglesia me retuvo fuera después de las vísperas. Un bautizo, debajo del pórtico, había agrupado a los chiquillos. En la plaza varios hombres de la aldea se habían puesto las guerreras de bombero; con las armas apoyadas, helados y golpeando el suelo con las botas, escuchaban al cabo Boujardon perderse en sus teorías...

El carillón del bautizo se detuvo súbitamente, como un repique de fiesta que se hubiera equivocado de día y de lugar; Boujardon y sus hombres, con el arma en bandolera, se llevaron la bomba a paso ligero; y los vi desaparecer por la primera esquina, seguidos de cuatro chiquillos silenciosos, aplastando

*Vísperas:* Oficio religioso que se celebra al anochecer; es una de las horas canónicas de rezo.

*Lucio:* Pez de agua dulce, alargado, de color amarillento o verdoso, hocico aplanado y boca grande.

*Guerrera:* Chaqueta de uniforme ajustada, abotonada hasta el cuello; se usa en el ejército y en algunas profesiones.

*Carillón:* Conjunto de campanas grandes afinadas y ordenadas para producir melodías.

*En bandolera:* Con una tira que cruza el pecho y la espalda desde un hombro hasta la cadera opuesta.

*Bomba:* Artefacto para elevar el agua u otro líquido y darle impulso en una dirección determinada.



con las gruesas suelas las ramitas del camino escarchado por donde no me atrevía a seguirlos.

*Sordamente:* Sin un timbre claro.

En la aldea no quedó entonces más animación que la del café Daniel, donde oía sordamente subir y luego apaciguarse las discusiones de los bebedores. Y, rozando el muro bajo del gran patio que separaba nuestra casa del pueblo, algo preocupado por mi retraso, llegué a la cancela.

*Cancela:* Verja pequeña que se pone en la entrada de algunas casas, generalmente para reservar el portal o el zaguán del libre acceso del público.

Estaba entreabierta y vi enseguida que pasaba algo raro.

*Capota:* Tocado femenino ceñido a la cabeza y sujeto con cintas por debajo de la barbilla.

En efecto, en la puerta del comedor —la más próxima de las cinco puertas vidrieras que daban al patio— una mujer de cabellos grises, inclinada, intentaba ver a través de los visillos. Era pequeña, cubierta la cabeza con una capota de terciopelo negro a la antigua usanza. Tenía una cara delgada y fina pero alterada por la inquietud; y al verla, no sé qué aprensión me detuvo en el primer escalón delante de la verja.

*Usanza:* Moda.

—¡Dios mío! ¿Adónde habrá ido? —decía a media voz—. Estaba conmigo hace poco. Ya ha recorrido la casa. Tal vez se haya escapado...

Y, entre frase y frase, daba en el cristal tres golpecitos apenas perceptibles.

Nadie venía a abrir a la visitante desconocida. Millie, sin duda, había recibido el sombrero de la Estación y, sin oír nada, al fondo de la habitación roja, delante de una cama sembrada de viejas cintas y plumas desrizadas, cosía, descosía y remataba su mediocre tocado...

En efecto, cuando hube penetrado en el comedor, seguido inmediatamente por la visitante, apareció mi madre sujetando en su cabeza con las dos manos unos alambres de latón, unas cintas y unas plumas, que aún no estaban perfectamente equilibradas... Me sonrió, con sus ojos fatigados por haber trabajado al atardecer, y exclamó:

—¡Mira! Te esperaba para enseñarte...



Pero, al ver a aquella mujer sentada en el gran sillón al fondo de la sala, se detuvo desconcertada. Rápidamente se quitó su sombrero, y, durante toda la escena que siguió, lo tuvo sujeto contra su pecho, puesto del revés, como un nido, en su brazo derecho doblado.

La mujer de la capota, que conservaba entre sus rodillas un paraguas y un bolso de cuero, había empezado a explicarse, balanceando ligeramente la cabeza y chasqueando la lengua, como una mujer de visita. Había recobrado todo su aplomo. Desde que habló de su hijo, tuvo incluso un aire superior y misterioso que nos intrigó.

Ambos habían venido en coche desde La Ferté-d'Angillon, a catorce kilómetros de Sainte-Agathe<sup>1</sup>. Viuda, y muy rica, por lo que nos dio a entender, había perdido al menor de sus dos hijos, Antoine, que había muerto una tarde a la vuelta de la escuela, por haberse bañado con su hermano en una charca mal sana. Había decidido dejar interno en nuestra casa al mayor, Augustin, para que pudiera seguir el Curso Superior.

Y enseguida hizo un elogio del pensionista que nos traía. Yo no reconocía ya a la mujer de cabellos grises que había visto encorvada delante de la puerta un minuto antes, con ese aire suplicante y desfavorido de gallina que hubiera perdido la cría de su nidada.

Lo que contaba con admiración de su hijo era muy sorprendente: deseaba complacerla en todo y a veces seguía la orilla del río, durante kilómetros, con las piernas descubiertas, para traerle huevos de polla de agua o de pato salvaje, perdidos entre las aulasgas... Tendía también nasas... La otra noche había descubierto en el bosque un faisán atrapado por el cuello...

*Polla de agua:* Ave zancuda del tamaño de la codorniz con plumaje similar.

*Aulaga:* Arbusto espinoso, de ramas esparcidas, hojas caducas, y flores de color amarillo claro y fruto en legumbre alargada.

*Nasa:* Instrumento de pesca; cesto cilíndrico hecho de red o juncos entrelazados con una especie de embudo dirigido hacia dentro en su base.

<sup>1</sup> El lugar de nacimiento del autor es La Chapelle d'Angillon, y en esta localidad se inspira Alain-Fournier para ambientar Sainte Agathe.



Yo, que no me atrevía a entrar en la casa cuando tenía un desgarrón en mi bata, miraba a Millie con asombro.

Pero mi madre ya no escuchaba. Incluso hizo señas a la señora para que se callara; y, depositando con precaución su «nido»<sup>2</sup> sobre la mesa, se levantó silenciosamente como para ir a sorprender a alguien...

Encima de nosotros, en efecto, en un cuartucho donde se amontonaban los restos ennegrecidos de los fuegos artificiales del último Catorce de Julio<sup>3</sup>, unos pasos desconocidos, seguros, iban y venían, sacudiendo el techo, atravesaban los inmensos desvanes tenebrosos del primer piso, y se perdían, por último, en dirección a las habitaciones abandonadas de los ayudantes, donde se ponía a secar la tila y a madurar las manzanas.

—Ya había oído yo hacía poco el ruido en las habitaciones de abajo —dijo Millie a media voz—, y creía que eras tú, François, que habías entrado...

Nadie respondió. Los tres estábamos de pie, latándonos el corazón, cuando la puerta de los desvanes que daba a la escalera de la cocina se abrió; alguien descendió los escalones, atravesó la cocina y apareció en la entrada oscura del comedor.

—¿Eres tú, Augustin? —dijo la señora.

Era un muchacho alto de diecisiete años poco más o menos. En la oscuridad de la noche no vi al principio más que su sombrero campesino de fieltro echado hacia atrás y su blusón negro atado a la cintura como lo llevan los colegiales. También pude distinguir que sonreía...

Me vio, y, antes de que nadie hubiera podido pedirle ninguna explicación, dijo:

*Blusón:* Bata amplia, suelta y corta que se abrocha por delante con botones y se usa en ciertas actividades o profesiones para proteger la ropa.

<sup>2</sup> Se refiere al sombrero.

<sup>3</sup> Fiesta nacional francesa, aniversario de la toma de La Bastilla el 14 de julio de 1789.



—¿Vienes al patio?

Dudé un segundo. Después, como Millie no me detenía, cogí mi gorra y me dirigí hacia él. Salimos por la puerta de la cocina y nos fuimos al patio de recreo, que ya invadía la oscuridad. Caminando a la luz del crepúsculo, miraba su cara angulosa, su nariz recta, su labio sombreado de vello.

—Ten —dijo—, he encontrado esto en el desván. ¿No habías mirado nunca allí?

Tenía en la mano una pequeña rueda de madera ennegrecida; una ristra de cohetes despedazados discurría alrededor; debía de haber sido el sol o la luna en los fuegos artificiales del Catorce de Julio.

—Hay dos que no han estallado; vamos a encenderlos ahora —dijo con un tono tranquilo y el aire de alguien que espera encontrar lo mejor más tarde.

Tiró su sombrero al suelo y vi que tenía los cabellos completamente rapados como un campesino. Me enseñó los dos cohetes con las puntas de la mecha de papel que la llama había cortado, ennegrecido y luego abandonado. Plantó en la arena el cubo de la rueda, sacó de su bolsillo —con gran asombro mío, pues aquello nos estaba formalmente prohibido— una caja de cerillas. Agachándose con precaución, prendió fuego a la mecha. Después, cogiéndome por la mano, me arrastró vivamente hacia atrás.

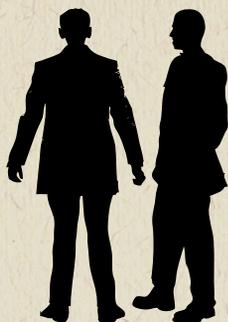
Un instante después, mi madre, que salía por el umbral de la puerta con la madre de Meaulnes tras haber discutido y fijado el precio de la pensión, vio salir por debajo del cobertizo, con un silbido de fuelle, dos haces de estrellas rojas y blancas; y, durante un segundo, pudo verme, de pie ante el resplandor mágico, cogiendo de la mano al chico alto recién llegado y sin moverme...

Tampoco esta vez se atrevió a decir nada.

Y por la noche, al cenar, hubo en la mesa familiar un compañero silencioso que comía, con la cabeza baja, sin inquietarse por nuestras tres miradas fijas en él.

*Cubo de la rueda:*  
Cilindro que contiene el explosivo y la mecha para encenderlo.

# El gran Meaulnes



Las aventuras de Augustin Meaulnes, en la búsqueda obsesiva de su gran amor, una joven desaparecida sin dejar rastro, son narradas por su compañero de clase y amigo, François Seurel. Fantasía y realidad difuminan sus límites en esta historia de amor, amistad y pérdida de la adolescencia. Meaulnes, su protagonista, representa el ideal de la lealtad y de la amistad —y lo llevará hasta sus últimas consecuencias—, frente a la frustración y la fatalidad en la vida. Novela de aventuras, adolescencia y aprendizaje, *El gran Meaulnes* continúa atrapando hoy en día a los lectores en su atmósfera de misterio, belleza y melancolía.



[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

ISBN 978-84-678-4053-7



9 788467 840537

1566070



ANAYA